

**La historia como conocimiento crítico.
El historiador ante las visiones y las utilidades del pasado.**

José Javier Ruiz Ibáñez

1. Introducción.

La historia, la imagen que construimos de forma individual y colectiva del pasado, está en todas partes, en nuestros actos, en nuestras posiciones y, posiblemente, en nuestras emociones. El historiador es el académico que busca pensar ese pasado desde un método, lo más riguroso posible, que le permita crear certezas. No se descubre el Mediterráneo, pese a la estridencia de la posmodernidad, si se afirma que la *historia*, como disciplina fundada en el conocimiento de eso que llamamos *realidad pretérita*, se ve condicionada por el punto de vista, cultural y temporal, del observador. Asumiendo, y haciéndolo con toda naturalidad, que el discurso que establece el historiador sobre el pasado se construye en un entorno, social y cultural, específico, el gran reto de esta disciplina ha sido establecer métodos de trabajo por los cuales el discurso creado por un autor sea inteligible a los demás historiadores. La corporación científica se convierte, con sus límites y contradicciones, en la evaluadora del carácter de eficiencia de la comprensión del pasado que cada propuesta implica, al tiempo que emprende una relación dinámica de mejora de dicho trabajo.

Hablar de historia y de ciencia presenta dos problemas mayores, como son la propia naturaleza de la una y de la otra. La historia es, ante todo, una forma de conocimiento sobre el pasado que se construye sobre un *método crítico*, para intentar hacer ese pasado a la vez inteligible y comprensible. Eso implica un doble ejercicio de traducción, del pasado al presente del historiador y de éste al de sus lectores. La *historia* es una ciencia de la realidad, es la ciencia de la *realidad*, y, por lo tanto, en la formulación de su discurso se puede apreciar con mayor nitidez las limitaciones que para aproximarse a ésta el observador cuenta; más aún si el historiador es lo suficientemente honrado y profesional, o sensato, para no querer ocultar dichas limitaciones tras una cortina de axiomas o verdades supuestas.

2. Una lejana genealogía: la construcción de la historia crítica.

Definir cómo debe ser la historia no es algo nuevo, de hecho ya entre los historiadores griegos, y romanos, se encuentran las diversas variantes que incluso hoy podemos observar de cómo se debe entender una historia crítica nacida de la observación. Basta con fijarse en dos de los autores a los que haré referencia, que ya han sido proclamados repetidas veces como los padres de la disciplina y a los que bien vale la pena regresar. El primero es Heródoto, quien con *Los nueve Libros de la Historia/Historias* (440 a.d.C, aprox) ocupa una posición preeminente en la gestación de una disciplina. A la pregunta sobre la utilidad la historia, da en el prólogo del libro I la siguiente respuesta: “evitar que el pasado del hombre no se olvide con el tiempo”. Para él, lo que no se ha de olvidar son las grandes proezas que han impresionado a las dos últimas generaciones antes de este viajero: las Guerras Médicas. El objetivo de Heródoto es establecer la causa de la Guerra, para ello realiza lo que enuncia el título de suyos trabajos *Historiè* que en el dialecto jonio significa “encuesta”, “investigación”. El método que sigue recuerda a un inquieto y curioso etnólogo, ya que su texto es una acumulación descriptiva de digresiones, narraciones de anécdotas. La historia se

convierte así en un relato de relatos, una narración de narraciones, donde no existe, no tiene que existir, una física común más allá de la voz del narrador central.

El segundo de estos padres fundadores de la historia, como relato que se proclama verdadero, es Tucídides (aprox. 460-395 a.d.C.), que en su *La Guerra del Peloponeso* sentó las bases de una descripción histórica que de principio excluye el mito o lo mágico para analizar las causas de un conflicto en el que el mismo autor jugará un papel, no demasiado brillante, como protagonista. Lo que prima aquí es ya un trabajo profesional: una notable crítica de las fuentes y el uso por primera vez de forma sistemática de la especulación racionada para intentar deducir qué hay de veraz en las narraciones que se realizan sobre la conflagración; asumiendo sólo como elementos verdaderos aquéllos que puede verificar racional o testimonialmente. De igual forma, Tucídides analiza en diversos planos de diversa importancia, mostrando que es preciso analizar el pasado en diversos tiempos para comprender el por qué de la guerra, comprendiendo que ésta está originada en unas causas lejanas, que son activadas por unos sucesos inmediatos. Pero unos y otras dependen de una razón estructural que la hará inevitable y que es lo realmente importante, en este caso el desorbitado poder ateniense. Es bien sabido cómo este autor construye discursos retóricos apócrifos de sus personajes para transmitir imágenes y puntos de vista (quizá los más conocidos sean los de Pericles), artificio literario que es medio de transmitir tensión y no un fin en sí mismo; un medio narrativo. Es aleccionador comprobar cómo desde el principio de la historia, como forma de conocimiento propio, sus padres fundadores asumieran sin mayor problema su naturaleza discursiva.

Esto imponía la necesidad de construir un punto de vista culturalmente condicionado; o más bien de asumir su existencia. La pluralidad de discursos era un objeto en sí mismo a tener en cuenta para comprender la realidad, como, pese a su etnocentrismo feroz, los griegos comenzaban a comprender. Esta percepción de un principio de alteridad es evidente en Jenofonte, del que destacaría (a mitad de camino entre la narración histórica, el relato de aventuras y la etnología) su *Anábasis*. Pero ese principio encontraría en el gran Polibio un tercer punto de vista, el de la historia como análisis interpretativo de relatos ciertos. La posición del autor favoreció la necesidad de comprender un mundo proteico, en cambio y dominado por un poder del que sin ser totalmente ajeno Polibio era sólo un mero observador. La estancia en Roma de este arcadio se vería matizada por la protección de Escipión Emiliano, a quien acompañaría en sus campañas ibéricas y africanas. Su obra *Historias* (aprox. 130 a.d.C) es una reflexión sobre las causas por las que la república romana logró convertirse en la potencia hegemónica mediterránea en los años siguientes a la Segunda Guerra Púnica. Esta reflexión nacía de una curiosidad que va más allá de la mera perplejidad de un griego que consideraba a los itálicos como mucho menos sofisticados y cultos que sus congéneres.

Por ello el trabajo de Polibio tiene un fuerte contenido causal y comparativo entre los diversos pueblos que serían sometidos al poder romano. Polibio realiza una comprensión global, esto es relacional y contextual, de la situación de cada uno ellos. Esta historia es “pragmática” (es decir, que se ocupa de los hechos particulares y tiene una clara finalidad pedagógica hacia el futuro, dado que busca crear reglas prácticas universales de acción política y militar). La comparación entre los diversos pueblos tiene una base esencialmente política, ya que se realiza a partir de la utilización de la reflexión de las constituciones políticas que sobre todo había sintetizado Platón (sin

olvidar la aportación de Aristóteles), pero oponiendo a la pura teoría política la reflexión histórica sobre la práctica política; en sus palabras: "...Quizás la exposición de las transformaciones naturales de una Constitución en otra se profundiza más en Platón y otros filósofos, pero tales estudios resultan complicados y muy largos y consecuentemente son accesibles a pocos... aquí intentaremos sólo llegar a lo que exige la Historia política y el nivel medio de inteligencia..."; (*Historias*, VI, 5, 1-2; edición y traducción de Balas Recort M.; Madrid, 1981). Polibio, para quien el término *historia* ya pasa a tener la significación que nosotros le damos en el presente, termina por crear un análisis de las entidades políticas a través de una comprensión cíclica de las mismas y de las mutaciones de sus constituciones (Monarquía, Aristocracia, Democracia y sus perversiones Tiranía, Oligarquía y Demagogia) como procesos casi inevitables. El éxito del modelo romano, como previamente el del asirio, lo explica por la naturaleza compensada, compleja y equilibrada de su constitución política.

3. La importancia del autor: don Juan de Austria en Lepanto.

Como ya se ha visto, cada historiador (cada persona que piensa en el pasado) lo hace desde un interés y un contexto determinado. A esto habría que añadir que para comunicar su visión particular del mismo cada autor decide qué tipo de relato construir, una decisión que se ve condicionada por la inteligibilidad de su objeto y de su relato, por su infraestructura cognitiva. Pero también por su previsión de la capacidad comprensiva del público al que va dirigido; el autor crea, adapta, así una narrativa orientada que anticipa y orienta la interpretación de un hecho objetivo.

Para mostrar esta condición de la historia como relato, en su construcción discursiva y no sólo en su percepción conceptual, en esta conferencia se compararon cinco imágenes de la batalla de Lepanto: 1) Un informe enviado al rey de la disposición de la Armada de la Liga y de la flota de Alí Baja; 2) El cuadro el Triunfo de la Fe de Tiziano; 3) Un biombo japonés de principios del siglo XVII; 4) Una representación de un episodio de la batalla (la lucha de la galera capitana de Génova), conservada en el Museo Nacional de Historia de Chile (sito en la plaza de Armas de Santiago), que forma parte de un ciclo sobre la vida de Alejandro Farnesio, pintado posiblemente por un indígena de la escuela de Potosí o Lima a finales del siglo XVII; y 5) La pintura de Toledo conservada en la capilla del Rosario de la Iglesia de Santo Domingo, en Murcia, a menos de trescientos metros donde tenía lugar la conferencia. Cuatro cuadros que no son sino cuatro narraciones completamente diferentes de un mismo hecho.

Cada uno de estos cinco relatos pretendían ser ciertos; y lo eran todos y cada uno en el contexto donde se realizaron. Ciertos, porque transmitían la información precisa que el observador, desde su particularidad cultural, esperaba encontrar en ellos. Ciertos, dado que sólo adaptaban a su base conceptual un discurso, no lo inventaban. Pero la propia diversidad, la dependencia de la intencionalidad del autor y la maleabilidad de los hechos, hacía que estos relatos resultaran tan falsos como ciertos. Su utilidad fuera de su contexto cultural se veía fuertemente condicionada por su excesiva dependencia hasta éste. La falta de crítica caracterizaba esta dependencia del entorno. Frente a ello, en los tres últimos siglos, se ha buscado construir una historia que pueda ser inteligible más allá de aquél, una historia crítica y científica, lo que no quiere decir que sea verdadera, sino que propone certezas y puede ser cuestionada y discutida al utilizar un lenguaje, el científico, comprensible para todos los agentes implicados.

4. Una pequeña biografía de esa curiosa disciplina científica que se llama historia.

Como todas las demás disciplinas que se consideran científicas (incluyendo las formales o duras), el origen de la historia crítica hay que situarlo en la crisis de la teología como un discurso válido para interpretar el mundo. La generación que resultó más importante en el devenir de la humanidad desde san Agustín la de Descartes, Hobbes, Pascal o Leibniz sentó las bases de la necesidad de formular un método de percepción material del pasado que completara a la historia sagrada. El paso del *In dubio pro* (el método) al *in dubio contra* (la crítica) para construir los argumentos que sustentaban el discurso histórico tuvo un efecto decisivo. Pronto ya no se trató sólo de completar la historia sagrada, sino de asumir una forma de construir el pasado que se fundaba no el método escolástico tradicional, sino en esa prestidigitación conceptual revolucionaria que se debe a Descartes: el método crítico.

Sin embargo, como sucedería con las otras disciplinas nacidas del método crítico, dos problemas interrelacionados incidieron, inciden, en la formulación de una historia verdaderamente crítica: la fe en la capacidad de obtención de verdades y el peso de la escolástica. Así, el acta fundacional de un conocimiento crítico produjo la aparición de una ciencia que, afirmando adscribirse a la crítica, en realidad pronto convertiría sus mecanismos reproductores de discurso en formas de escolásticas de verdad indiscutible, amparadas, no por la autoridad de una palabra revelada, sino por la autoridad de una corporación que proclama la fe en su capacidad de generar un discurso propio.

La historia que se proclamaba científica y comprensiva pasaría por varios hitos que sólo es posible aquí evocar y que tendrían su punto de salida con desde Vico para pasar después de puntillas por los Ilustrados, bastante estéril por cierto en pensamiento científico. El mundo contemporáneo tomó la historia, la definición del pasado, como el argumento de la definición de un presente en construcción; así la historia fue campo de batalla entre unos evocativos románticos y la radicalidad científica el positivismo; sin olvidar esa especie de término medio que supuso el historicismo. Es en estas batallas que el método histórico se prueba, se verifica, se perfecciona, se construye; un método ajeno a su uso, profesional más o menos neutro; es decir, un método científico en sí mismo.

Un método y un espacio: el siglo XIX es también el de la consolidación disciplinas académicas como la historia universitaria, Academias, templos del saber de la modernidad que han seguido el mismo camino de una ciencia reglada y gestionada por el estado. Una verdad unívoca y universal pero no sólo histórica, sino que por consecuencia construye un presente que se proclama imperativo: el estado nación o el socialismo, tanto da. Más o menos impermeable a los condicionantes humanos y que en cierto sentido venía a sustituir plenamente a la teología y a dar un contenido más serio a la razón que el voluntarismo del XVIII.

Más allá de los debates sobre el ser de la historia, este es el momento de la reflexión sobre el cómo, sobre el método; éste es el que florece en la primera mitad del siglo XX; y lo hace gracias al desarrollo de metodologías afines y experimentación en diversos campos: es el tiempo de las grandes escuelas. Pero la fe epistemológica pasará pronto factura a este optimismo científico. Como a todas las demás ciencias humanas

giro culturalista primero y reapertura del debate epistemológico después mostraron desde la década de 1970 que las verdades no eran tan verdaderas, sino que dependían del contexto; que eran certezas utilitarias y no otra cosa. La llamada crisis de la historia no es uno un baño de humildad que lleva a una necesaria autoconciencia de la construcción discursiva y de la posición como agente activo sobre y en su discurso por parte del historiador. Tras este giro lingüístico, se impone hasta el presente una reflexión de cómo construir un discurso cierto que asuma su carácter provisorio y contextual.

No hay que olvidar que la obsesión por el estatuto científico de la historia va a estar presente en todo el tiempo. Posiblemente dicha necesidad de afirmación nacía, nace, de la sensación de ser el hermano pobre de la familia científica. Más aún cuando su propia ambición de totalidad va a colocar al historiador en una posición de debilidad ante la complejidad infinita de la realidad percibida y descrita y los mecanismos necesariamente finitos para hacer esta operación. Esa afirmación voluntarista está presente en gran parte de las categorizaciones de la historia insistiendo en el carácter metódico para fundarlas, en lugar de hacer hincapié en la naturaleza crítica que es la que verdaderamente justifica una naturaleza eminentemente científica de la disciplina. La historia es ciencia por dudar, no por saber.

Y es de ahí que nace su utilidad; la duda libera al hombre del peso de la verdad autoritaria. Una libertad especialmente importante, ya que el hombre considera su ser por su visión más o menos razonada, más o menos asumida de su pasado, es de ahí donde define su identidad. El devenir histórico explica el presente, nos explica a nosotros, y esto supone el paso de la historia a la política; ya que la primera establece un imperativo ético de acción. Todo movimiento social, político, ideológico o cultural, necesita una concepción de la historia en la que proyecta cómo debe ser el presente.

5. Una conclusión.

Asumir que la historia no es una ciencia exacta, un conocimiento axiomático, es igual que asumir que un elefante no vuela. Ni es esa su función, ni hay que buscar que sea lo que no es. La historia se debe definir por lo que es, no por lo que esté socialmente más prestigiado. La historia es una disciplina que mediante aplicación de métodos verificados, la utilización objetiva de reglas y la producción y uso de un lenguaje inteligible permite criticar con eficacia las visiones autorizadas y *naturales* del pasado mediante la crítica. Dicho instrumental científico está condicionado por la conciencia de posición subjetiva de quien lo usa, inventa y construye, pero permite cuestionar la validez natural de las afirmaciones heredadas.

In dubio contra, siempre *in dubio contra*. La historia crítica ha hecho un largo camino y ha avanzado mucho, pero de cierta forma sigue estando en el mismo sitio: el del hombre que se cuestiona el por qué de las cosas. Es el espacio de la libertad y la aventura; y los historiadores dan el instrumento para entrar en él. No es poca cosa, desde luego, y no lo es ya que lo que se ha venido definiendo como una limitación de la historia es en realidad la mayor fortaleza, ya que es la ciencia más humana y crea al investigador más científico, por ser el que más duda, el heredero directo de esa angustia cognitiva que presidió a un angustiado y fértil siglo XVII y no, como se ha pretendido, del optimista y creyente en el razón siglo XVIII.